

Ana Gerena Bonilla: 140
gramos de menos.

En esta comunicación se aborda la noción de si es posible asignar un sexo al cerebro y describirlo como masculino y femenino, desde una perspectiva que parte de un conjunto de teorías anatómicas y científicas que tienen su origen en el siglo XVIII y que se ha extendido hasta la neurociencia moderna. Esta cuestión se ha debatido e investigado en diferentes ámbitos, desde la antropología, la biología e incluso la estadística. El uso de lo que entendemos por pseudociencia o mala praxis de la ciencia ha derivado en una sucesión de afirmaciones extravagantes y dispares con la única finalidad de poder atribuir una serie de concepciones que tienen que ver con el comportamiento, aptitudes y personalidad para describir a la mujer. Todo ello con la finalidad de afianzar la ideología de las “Esferas separadas” que se desarrolló durante la Ilustración, según la cual diferenciaba los roles de género, en donde los hombres eran aptos para desarrollarse en el ámbito público y las mujeres en el desempeño de papeles que tenían que ver con lo

doméstico y lo privado, lo que suponía una clara subordinación de la mujer.

En esta investigación me centraré en estas premisas diferenciadoras, no solo en cuanto a la supuesta inferioridad del cerebro femenino, sino también, ahondaré en una cuestión racial. Sumando a esto, el objetivo de buscar las posibles repercusiones que dichas disertaciones han podido tener en el panorama artístico.

A partir del siglo XIX, coincidiendo con el nacimiento del interés por la ciencia y los principios científicos, momento en el que se hace una mayor hincapié en vincular las estructuras y funciones comportamentales de la sociedad con los procesos biológicos. Empiezan a surgir una serie de reflexiones perentorias, por parte de algunos pseudocientíficos, sobre el hecho fisiológico de la mujer.

Uno de los primeros en fijar su foco de atención sobre estas premisas fue, Gustav Le Bon (1841-1931), un parisino aficionado en antropología y psicología. El cual comenzó una campaña para demostrar la inferioridad de las razas no europeas y la

inferioridad de la mujer. Creó el cefalómetro portátil, con el que medía las cabezas de las personas cuyas constituciones eran relevantes para determinar las aptitudes y los roles entre el hombre de raza blanca y el grupo minoritario en el que entraban las mujeres, las personas de color e individuos de mala reputación.

El tamaño del cerebro entonces, se convierte en uno de los primeros focos de interés de esta campaña.

La capacidad craneal fue otro índice que se adoptó con entusiasmo para demostrar el vínculo entre el tamaño del cerebro y el intelecto. Esta teoría tuvo múltiples seguidores. La demostración empírica pasaba por verte pequeñas semillas para pájaros en cráneos vacíos y pesarlos. Esto derivó en la afirmación de que, por término medio, el cerebro de la mujer pesaba 140 gramos menos que el de los hombres. Según este hallazgo la naturaleza había otorgado 140 gramos más de materia cerebral al hombre, y por ende, este era el secreto de que tuviera más habilidad e inteligencia.

En este círculo se gesta la ciencia de la craneología, basada en la medición detalla de todos los ángulos posibles de la cabeza. De esta forma se

popularizaron los ángulos faciales, realizando un cálculo a partir del perfil de un sujeto y trazando una línea horizontal desde la aleta de la nariz hasta la oreja, y otra línea vertical desde la barbilla hasta la frente. Como resultado se obtenían dos mediciones generales: un ángulo abierto, en el que la frente estuviera alineada con la barbilla, indicaba ortognatismo; y un ángulo agudo, con la barbilla prominente era signo de prognatismo. Los craneólogos llegaron a la conclusión de que el ortognatismo era un signo característico de la raza blanca la cual estaba más evolucionado, y el prognatismo de las razas inferiores y las mujeres.

La craneología dejó paso a otra técnica centrada en elaborar el mapa de las distintas áreas de aptitudes del cerebro, la Frenología. Los científicos pasaron a prestar atención a las superficies de los cráneos, en busca de protuberancias que indicaran el desarrollo de estas supuestas áreas. El fisiólogo alemán, Franz Joseph Gall (1758-1828), aseguraba que los rasgos de personalidad se podían valorar midiendo el fragmento apropiado del cráneo de una persona. La técnica la popularizaría Johan Spurzheim

(1776-1832), durante el siglo XIX. Esta metodología se hizo especialmente popular en Estados Unidos y las mujeres la acogieron con entusiasmo en algunos círculos. Surgió como una especie de curiosidad por conocerse a ellas mismas a partir de la lectura de su perfil frenológico.

Una vez aportado estas primeras evidencias pseudocientíficas, me interesé en descubrir si estos discursos calaron en la comunidad artística y de ser así, cómo influyó en la representación de las cánones.

Una de las primeras evidencias la encontré en un autorretrato de Caspar David Friedrich (1774-1840), de 1810, donde vemos una serie de protuberancias craneales sobre sus cejas, asociadas en frenología a facultades cognitivas, es decir, se estaba identificando así mismo con parámetros descritos por los frenólogos.

Cabe indicar que esta investigación es parte de mi tesis doctoral y está en plena fase de documentación y exploración de los discursos depositados a partir del siglo XVIII en el campo artístico y la ciencia, y que se han encontrado indicios variados que serán objeto de estudio en profundidad, por lo que se

seguirá investigando para poder arrojar luz sobre estas cuestiones en el futuro.